

DIARIO DE MURCIA.

PERIODICO DE TODO.

MENOS POLITICA Y RELIGION.

Sale todos los dias, ecepto los Lunes.—Se suscribe en Murcia, en la libreria de Carlos Palacios á 6 rs. cada mes y 8 fuera franco de porte.—Los anuncios se insertarán á medio real por línea.

Naufragio del navio holandés

LE LAOSDUM,

á la embocadura del rio Ganges en 1845 y aventuras de Antonio Lestra, navegante francés.

1850-1851

Lestra, uno de los mas intrépidos navegantes hizo el ánimo de pasar á las Indias para satisfacer una loable curiosidad. Esperando una ocasion favorable se embarcó en el puerto de S. Luis en Breaña, el 4 de Marzo de 1845, con direccion á Surata, á bordo del navio de la compañía francesa S. Juan Bautista al mando de su capitan D. Juan Herpin. La tripulacion compuesta de 250 personas llegó á fines de Abril del mismo año al cabo verde en Africa, y á Surata el 26 de Octubre. La Francia poseia en esta época dos factorias mercantiles en las Indias. Los

directores franceses, ingleses y holandeses que llegaban á dichas factorias de sus naciones, estaban obligados, al hacer visita al gobernador ó gefe indio de la ciudad, de observar algunas ceremonias humillantes; ademas de dejar el calzado á la entrada de una gran sala para pisar sobre una alfombra de tisú de oro. Pero en 1838 un director francés se eximió de esta ceremonia, calzando ricas chinelas de aquel pais, con lo cual no tuvo dificultad de presentarse delante del indio; siguiendo en adelante su ejemplo todos los demas directores y capitanes.

Lestra pasó dos meses completos en Surata hasta el 25 de Diciembre. En el trascurso de todo el año de 1846, recorrió los mares y principales regiones del Indostan. Embarcado como prisionero, así que va-

rios de sus compatriotas sobre el navio *hollandes* El Laosdum, no esperaban mas que un viento favorable para travesar la embocadura peligrosa del Ganges, cuando en 17 de Setiembre vino á frustrar sus esperanzas un viento tan contrario, que á pesar de la atencion y esfuerzos de los marineros, el navio se estrelló sobre un banco de arena. La marea y las olas lo levantaban á la altura de una lanza y abandonándolo con violencia dejábanlo caer con tal precipitacion sobre el banco que los palos mas fuertes y másteleros se entregaron al furor del mar y del viento. El capitan afectado de dolor y con las lágrimas en los ojos, gritó repetidas veces «Salvaos el que pueda pero sin equipage alguno» lo que causó una confusion completa por que todos á la vez quisieron arro-

FOLETTIN.

La piedra de toque,

POR

Estevan Enault.

(Continuacion.)

Mauricio la siguió con su mirada desconsolada hasta que desapareció entre los espesos matorrales.

Cuando ya no la vió, asióse de las piedras, apoyó su cabeza en las manos, y así permaneció inmóvil y silencioso cerca de una hora. Cuando alzó la frente, su semblante estaba empapado en lagrimas.

—Vamos, dijo con voz descompuesta, esto supera á mis fuerzas! no quiero ver-

la mas! yo parto!

Dos dias despues, había dejado el pais, sin que nadie supiera donde habia ido; ni aun la misma Guérin.

VIII.

Julieta queria esplicarse la conducta de Mauricio, y no pudo: «Es un misántrapo! se dijo, y no pensó mas en él.

Llegó la época fijada para su vuelta á Paris, é hizo sus preparativos con alegria, por que los seis meses que pasó en el campo, despertaron en ella el gusto por la vida parisiense. Pero al mismo tiempo que se complacia en pensar en las diversiones que la esperaban en la capital, le atormentaba la idea de caer en sus indecisiones. Habia prometido tomar un partido: cuál? La rosa de Bengala, la melodia d'

Herod, el vals de Strauss se representaban en su imaginacion, pero sin despertar preferencia por ninguno.

Una mañana que estaba en su gabinete leyendo cuidadosamente algunas cartas encerradas en un cofrecito de ébano, encontró la que acompañaba al testamento de Mr. Davenel, dedicada esclusivamente á ella. Esta era una carta llena de solicitud y de buenos consejos, una carta tal como un padre puede dedicar á su hija. Julieta se avergonzó de habarla olvidado, leyóla diferentes veces, y cayó en una profunda meditacion.

—Si, si, dijo arrancándola de donde estaba, Mr. Davenel tiene razon, yo seguiré sus consejos, si puedo.

Guardó la carta cuidadosamente en un

